

alza la frente bañada con las aguas de aquel fecundísimo diluvio. Allí está Venecia, reina del Adriático, famosísima en el arte de la gobernación y depositaria de las tradiciones del patriciado de Roma: allí se alza Florencia, depositaria de las tradiciones tribuniicias, ejemplar de democracias, palacio de las artes: allí está Génova, emporio del comercio, opulentísima entre todas las naciones. Cuando todo es nebuloso en Europa todavía, todo es ya espléndido en Italia: allí florecen consumados políticos, grandes poetas, profundos historiadores; mientras que la Europa bárbara y la feudal desconoce de todo punto los altos arcanos de la política, los misterios sublimes de la poesía, la belleza ideal de las artes, las magnificencias de la historia. Constantinopla cae al ímpetu de los turcos, y Roma recibe en su seno la civilización del Oriente: Roma dá la señal de la universal trasformación; y todo se transforma, y todo se renueva en el mundo.

Tales son la raza nobilísima de los italianos, y la potentísima de los españoles. Las naciones pueden oprimirlas, pero no pueden olvidarlas. Y véase por qué las naciones tienen siempre puestos sus ojos instintivamente en la raza italiana y en la raza española.

Una y otra son grandes por sus infortunios, como han sido grandes por sus glorias. Dad unidad á Italia, y la Italia volverá á ser lo que fué ya, la primera de las naciones. Dad unidad á España, extinguid las discordias que enloquecen á sus hijos, y España volverá á ser lo que fué en la guerra de la independencia, lo que fué en tiempo de los reyes católicos, lo que fué en tiempo de Carlos I, lo que fué en tiempo de Felipe II. Dad unidad á España, y tremolarán en Lisboa los pendones de Castilla, y se derramarán por el mar, de ella conocido, las naves castellanas; y ceñiremos con nuestros brazos al África, esa hija acariciada del sol, que es esclava del francés, y que debiera ser nuestra esposa.

§. II.

CARACTER DE SUS REFORMAS.

LA historia de la Europa es la historia de la civilización: la historia de la civilización es la historia del Cristianismo: la historia del Cristianismo es la historia de la Iglesia Católica: la historia de la Iglesia Católica es la historia del Pontificado: la historia del Pontificado, con todos sus resplandores y todas sus maravillas, es la historia de aquellos hombres enviados por Dios para resolver en su día y en su hora los grandes problemas religiosos y sociales, en provecho de la humanidad, y en el sentido de sus designios y de su Providencia. Pio IX, el predestinado, el grande, es uno de esos Pontífices santos y de esos hombres augustos, que vienen á dar una solución pacífica á todas las grandes cuestiones que han ido atesorando los siglos, y que han legado á la nuestra todas las edades pasadas.

Esas cuestiones son antiguas: antiquísimos los medios de resolverlas; pero uno es el día destinado á los problemas, y otro el destinado á las soluciones. Aquel ha pasado ya, y este comienza á despuntar ahora en el horizonte del mundo.

El gran propósito de Pio IX es hacer independiente y libre á la Iglesia, libre é independiente á la Italia: es emancipar, pacíficamente y á un tiempo mismo, la sociedad civil y la sociedad religiosa: es realizar el indisoluble consorcio de la libertad y del orden.

Dos diversas soluciones han tenido hasta ahora esos problemas temerosos: la solución de los reyes, y la solución de los pueblos. El encargo providencial de Pio IX es ofrecer al mundo la solución de los Pontífices. En el orden de los tiempos, debía venir, después de la solución monárquica y de la revolucionaria, la solución católica.

El inventor de esa solución no es Pio IX, es Jesucristo. Pio IX viene, en los tiempos anunciados, para aplicarla en su nombre; en ese magnífico encargo consiste su grandeza, y en él se funda su gloria.

Ninguna de las ideas fundamentales y constitutivas de la civilización moderna tiene un origen filosófico: todas proceden de la religión cristiana. El mundo, sin embargo, arrojado fuera de las vías de la verdad, ha rendido adoración y culto al plagio de la filosofía. Pio IX trae el encargo de derrocar al ídolo, y de mostrar su engaño á las gentes.

La idea de la fraternidad, escrita en la bandera de los demagogos, trae su origen de la idea de la unidad del género humano; idea que no es demagógica, sino idea genesiaca; idea que ha sido revelada al hombre por Dios, y que no ha sido inventada por el hombre.

La idea de la libertad se funda en la del libre albedrío; y el libre albedrío no es un descubrimiento de la filosofía; es un hecho revelado por Dios al género humano.

La distinción entre la potestad civil y la religiosa, entre Dios y el César, entre el Pontífice y el Rey, era una verdad fecundísima, desconocida de las gentes hasta que se la reveló al mundo la Iglesia Católica.

Si se nos preguntase, cuál es el carácter distintivo de las sociedades que caen al otro lado de la Cruz, y el de las sociedades modernas, no vacilaríamos en afirmar; que su distinción consiste, en que las últimas están fundadas en tres verdades, y las primeras en tres negaciones. Las negaciones en que las sociedades antiguas se fundan, son las siguientes:

- 1.^a La negación de la unidad del género humano.
- 2.^a La negación del libre albedrío.
- 3.^a La negación de toda especie de distinción entre la potestad civil y la religiosa.

Las tres verdades que sirven de fundamento á las sociedades modernas, son las que siguen:

- 1.^a La unidad del género humano.

2.^a El libre albedrío del hombre.

3.^a La distinción é independencia recíproca de la potestad civil y de la potestad religiosa.

El conjunto de las consecuencias que proceden de estas verdades y de aquellas negaciones, constituyen todos los rasgos distintivos de las sociedades modernas y de las sociedades antiguas.

De la negación de la unidad del género humano procedió, entre los antiguos, la de la fraternidad de los hombres; de esta, la de su igualdad ante los ojos de Dios y ante los ojos de los legisladores; y de todas ellas, la división de la sociedad en castas; división que fue el fundamento de las constituciones políticas del Oriente y de la división de los hombres en libres y esclavos; división que vemos establecida en todas partes, en el Oriente como en el Occidente, en el Septentrion como en el Mediodia; porque dimanaba de principios que eran comunes á la sazón á todas las gentes y naciones.

De la negación del libre albedrío de Dios y del hombre, procedió la de la libertad divina y humana; y de ambas, la concepción aterradora y fatalista de un Dios *destino*, anterior y superior á todos los hombres y á todas las divinidades, á quien obedecían en medio del temblor los reyes y los pueblos, los dioses y los hombres, los cielos y la tierra: Dios inmóvil, silencioso, tremendo, que enviaba las furias á los palacios de los príncipes para precipitarlos al abismo más hondo desde su escollo eminente; que condenaba á unos á ser adúlteros, á otros á ser incestuosos, á otros á ser fratricidas; que inspiraba en los reyes pasiones infernales, en las familias de los reyes odios inextinguibles, y en las mujeres de los reyes amores corrosivos; Dios que solo pensaba en las razas reinantes, olvidado de las razas sirvientes, es decir, del género humano, indigno de elevarse hasta la grandeza del crimen.

En los dramas antiguos, el pueblo es espectador siempre y no es autor nunca, al revés de lo que sucede en el día, en que el pueblo llena la escena, como el más grande y el primero de todos los actores: consiste esto, en que los antiguos, no teniendo idea de la libertad del hombre, no la tenían tampoco de la dignidad humana; y en que en las modernas edades, en las edades católicas, la idea

de la libertad humana ha dado origen á la idea de la dignidad del pueblo.

De la negacion de toda especie de distincion entre la potestad civil y la religiosa, nació entre los antiguos la confusion absoluta de ambas potestades. Si hay un hecho consignado claramente en la historia, ese hecho es el caracter teocrático de todas las sociedades antiguas. Teocrático fue el gobierno de los hebreos, el de los chinos, el de los habitantes del Japon; teocrático el de los indios, persas y egipcios; teocrático el de los etruscos, galos y germanos; teocrático, en fin, el de los bretones, griegos y romanos.

La teocracia no era un hecho en la sociedad, sino porque era una teoría aceptada por todos los legisladores, y proclamada por todos los filósofos. Licurgo, Dracon, Solón, Rómulo, Numa, Zaleuco y Charondas, cuya fama se ha dilatado por toda la prolongacion de los siglos, se sirvieron de la religion para levantar sobre ella el edificio de sus instituciones. Platon y Aristóteles no concebían la sociedad civil sin que la potestad dominante residiese en la sociedad religiosa.

Ahora bien: donde el soberano es, á un mismo tiempo, Rey y Pontífice; donde la autoridad es, á un mismo tiempo, religiosa y civil, humana y divina; donde hay un apoderado general de Dios y de los hombres, ese apoderado, llámese rey, dictador, cónsul, presidente, es el confiscador por excelencia de todas las libertades, es el tirano de Hobbes; es decir, un hombre absolutamente libre, puesto á la cabeza de un pueblo absolutamente esclavo; porque si bien se mira, ¿ en qué otra cosa consiste la absoluta potestad sino en la libertad absoluta?

De aquí nació, en las sociedades antiguas, el aniquilamiento del individuo, y la deificación del Estado: el primero no era susceptible de derechos, ni el segundo podia estar ligado con deberes: porque, ¿ dónde cabe absurdo mayor que suponer deberes en lo que es divino con respecto á lo que es humano, ni derechos en lo que es humano con respecto á lo que es divino?

Platon era el más consecuente de todos los filósofos, cuando, caminando en la suposicion de esta teoría, proclamaba al Estado

padre de todos los hijos, y señor de todas las propiedades; cómo quiera que la propiedad particular y la paternidad particular no pueden considerarse, en el sistema de los antiguos, sino como dos grandes usurpaciones cometidas por el hombre y por el individuo contra la divinidad y contra el Estado.

Rousseau ha dicho, en su contrato social, de las teocracias antiguas: — « Esta forma social tiene la ventaja de reunir el culto divino y el amor de las leyes: en las teocracias antiguas, morir por su pais era ser mártir: violar las leyes, ser impío; y entregar al culpable á la execracion pública, era tambien entregarle á las iras de los dioses. » — Rousseau, con toda su fraseología democrática, desconoció de todo punto el caracter inviolable y santo de la libertad del hombre: y al escribir estas palabras, no sabia que hacia en ellas el elogio del despotismo.

La deificación de la ley y del Estado fue causa de aquel patriotismo absurdo, obstinado y feroz que excita nuestro asombro en las antiguas repúblicas: ser patriota, en la antigüedad, era servir á una ciudad, y ponerse en guerra con el género humano: era considerar á los extrangeros como enemigos; á los enemigos, como condenados á la servidumbre por los dioses de la patria: era consagrar el principio de la guerra universal, dividir en bandos el Cielo y la tierra, las divinidades y los hombres.

Bosquejemos ahora el cuadro de las ideas fundamentales y constitutivas de las sociedades modernas, es decir, de las sociedades cristianas.

De la unidad del género humano, enseñada por la revelacion al hombre, nace como de suyo la idea de la fraternidad; de esta, la de la igualdad; de ambas, la de la democracia. A la voz de Jesucristo, enseñando á las gentes la unidad de la especie humana, caen derribados por el suelo los muros de las antiguas ciudades, y se levantan esos otros muros de la ciudad de Dios, que van siguiendo todos los confines de la tierra hasta abarcar y ceñir á todas las naciones. A la voz de Jesucristo, enseñando la fraternidad y la igualdad, la esclavitud desaparece; y todos los habitantes de la ciudad inmensa, de la ciudad santa se reconocen hermanos, iguales y li-

bres. Esa democracia es tan gigantesca, tan universal, que se extiende hasta los últimos remates del mundo. Los pobres y los ricos, los nobles y los plebeyos, los venturosos y los tristes, todos son ciudadanos. Supóngase por un momento, que esta revelacion está aislada, que esa inmensa democracia se halla constituida: pues bien; en esa suposicion, toda especie de gobierno es de todo punto imposible, porque fundándose los gobiernos en la noción del mando, por una parte, y por otra, en la noción de la obediencia, esas dos nociones son incompatibles con las de igualdad y fraternidad absolutas: ni se acuda, para vencer esta dificultad, á los contratos sociales: los contratos sociales son contratos absurdos: como quiera que contratar que unos hombres han de mandar y otros han de obedecer, equivale á contratar que han de dejar de ser iguales y hermanos, que han de dejar de ser lo que son, que han de cambiar de naturaleza, que han de destruir con una creacion humana una creacion divina, que han de dejar de ser hombres para ser otra cosa; y claro está que un contrato de esa naturaleza no es contrato, sino el suicidio de la especie.

Esa revelacion, empero, no nos vino sola y aislada: antes de revelar al hombre la unidad del género humano, es decir, la democracia, le reveló Dios su propia unidad, es decir, la monarquía: estas dos revelaciones juntas son los elementos constitutivos de las nociones de la obediencia y del mando, de la libertad y del orden, de la fuerza y del limite, del movimiento y de la regla. Si el derecho de mandar y la obligacion de obedecer no pueden existir en la especie humana, porque todos los hombres son iguales y hermanos, aquel derecho puede concebirse en el Criador, sin caer en absurdo; y aquel deber puede concebirse en la criatura, sin caer en el delirio; como quiera que entre la criatura y su Criador no hay igualdad ni fraternidad posible.

Y véase por qué, en las sociedades católicas, el hombre obedece siempre á Dios, y nunca obedece al hombre. Si en las sociedades católicas el hijo obedece al padre, consiste esto solo en que Dios ha querido que el padre le represente en la familia, y en que ha hecho de la paternidad una cosa venerable y santa. Si en las socie-

dades católicas, el pueblo obedece á la autoridad suprema, obediéndola, solo obedece á Dios, que ha querido que esa autoridad le represente en el Estado, y que sea una cosa santa y augusta. *Omnis potestas à Deo.*

Ahora bien; donde quiera que el hombre solo obedece á Dios, hay libertad: y donde quiera que obedece al hombre, hay servidumbre: por esta razon, no hay sociedad ninguna católica, cualquiera que sea la forma de su gobierno, en donde el hombre no sea hasta cierto punto libre; ni república ninguna de la antigüedad, en donde el hombre no fuera absolutamente esclavo.

De la afirmacion del libre albedrío, brota espontáneamente la idea de la libertad del hombre: y cuando hablamos de la libertad del hombre, no hablamos solo de aquella libertad particular y contingente que suelen otorgar las constituciones políticas, sino tambien de aquella otra altísima, incondicional, universal, completa y absoluta, que reposa en el escondido santuario de la conciencia humana; que está allí, porque Dios la puso allí con su propia mano fuera del alcance de la tiranía, y lo que es más, fuera de su propio alcance. La doctrina católica, en este punto, es de una sublimidad que arredra, de una sublimidad que abruma la imaginacion y humilla al entendimiento. Segun la doctrina católica, Dios, á quien todas las cosas y todas las criaturas rinden culto y homenaje, respeta profundamente á su vez una sola cosa: la *libertad humana*. La Sagrada Escritura no nos permite dudar acerca de esto; en ella se lee, que Dios mira la libertad del hombre *cum magna reverentia*. Hay más; Dios, que pone un limite á todas las fuerzas y á todas las potestades, ha puesto un limite tambien á su propia potestad y á su propia fuerza: ese limite es la *libertad humana*. Dios, que no encuentra obstáculos á su querer, encuentra uno invencible: la *libertad humana*. El Sér Supremo ha dividido con la *libertad* el imperio del mundo: al dar el sér á esa libertad el rey de los reyes la hizo reina. Tan alta, tan augusta, tan inviolable es á los ojos del Catolicismo la libertad del hombre.

Cuando llegó aquel dia, grande entre todos los dias, anunciado en el tiempo por la voz de los profetas, en que el Salvador de los